



## Presentación de Oración del Jubileo Diocesano castrense 2027

---

Estamos transitando el jubileo diocesano, caminando hacia los 70 años de nuestra existencia: primero como Vicariato Castrense y hoy como Obispado. En este marco, hemos preparado la oración que venimos rezando a lo largo de este trienio, y me parecía oportuno compartir con ustedes algunas ideas que brotan a la luz de esta oración.

Recordamos a San Juan Pablo II, quien, al inicio del nuevo milenio, en el año 2000, nos decía que “la vida del otro es un don para mí”. Es un verdadero regalo la vida de cada uno de nuestros fieles —los militares, sus familias, los hombres y mujeres de las Fuerzas Federales de Seguridad y todo lo que integra el ámbito militar y de seguridad—. Esa vida nos es confiada para que la sirvamos, la acompañemos y la cuidemos. Nos disponemos, entonces, renovando el deseo de cuidar y servir a aquellos que, a su vez, nos cuidan y nos sirven.

La oración comienza afirmándose en una certeza fundamental: la de un Padre bueno, lleno de bondad. Así hemos querido iniciarla. Reconocemos que todo proviene de Dios. Agradecemos al Padre por la gracia de descubrir que todo es don suyo, y también por los hermanos que nos han sido confiados, para que los acompañemos, los sostengamos y los ayudemos en su camino hacia el Reino.

Damos gracias, asimismo, porque se nos ha confiado el Reino mismo. Lo sabemos bien: somos vasijas de barro que contienen un tesoro, y aun así queremos asumir esta misión de hacer presente el Reino de Dios en la vida concreta de todos.

Esta es la súplica que elevamos en cada Padrenuestro: “venga a nosotros tu Reino”.

Por eso, cabe preguntarnos: nuestra vida, nuestra oración, nuestras acciones, nuestro servicio, nuestra presencia, ¿hacen visible el Reino de Dios? ¿Encarnamos realmente sus valores? ¿Es nuestra oración tan auténtica que toda nuestra vida se convierte en signo vivo de su presencia? ¿Buscamos Su Reino, sabiendo que todo lo demás se da por añadidura?

El Reino se hace cercano cuando Cristo está presente. Por eso también nuestra presencia —en cuanto imagen suya— está llamada a transparentarlo. Una presencia que es, como me gusta repetir, certeza de amor. Porque el primer acto de amor es precisamente hacerse presente: “tanto amó Dios al mundo” que se hizo cercano en su Hijo Jesús.

Agradecemos también el don del Espíritu, que nos ha hecho hijos adoptivos y que suscita en nosotros el querer y el obrar según lo que más conviene para el anuncio de la fe: desear y cumplir la voluntad de Dios.

Finalmente, reconociendo la presencia materna de la Virgen, que nos conduce hacia su Hijo —Camino, Verdad y Vida—, pedimos al Padre Bueno que este tiempo de preparación jubilar despierte en todos nosotros —capellanes castrenses, auxiliares, agregados e incardinados— un anhelo renovado de conversión, de santidad, de comunión y de pertenencia a nuestra Iglesia castrense.

Son realidades que estamos llamados a hacer visibles mediante actitudes concretas. Queremos devolver al Señor nuestros pasos, nuestro corazón y nuestra inteligencia; unificar nuestros pensamientos y sentimientos con los de Cristo. Aspiramos a la santidad, que es nuestra vocación primera y universal: “sean santos como yo soy santo”. Y buscamos renovar profundamente la comunión y el sentido de pertenencia.

También nuestras Fuerzas Armadas y de Seguridad nos ofrecen expresiones valiosas en este sentido: la camaradería, la solidaridad, la preocupación por el otro, el sabernos cuerpo, el sabernos parte. No individuos aislados, sino miembros vivos de una comunidad.

Por eso pedimos al Señor que reavive en nosotros el combate de la fe y que nos fortalezca en él. Que robustezca la armadura de nuestra esperanza y nos conceda las armas valerosas que encienden la caridad, esa caridad que estamos llamados a vivir de modo particular en este tercer y último año del trienio.

La caridad, el amor, que es aquello que más claramente nos identifica con Cristo, que es Amor.

Me parece oportuno recordar una expresión que, el pasado 7 de marzo, el Papa León compartió con los miembros del Ordinariato Militar de Italia. Allí señalaba que, para la Iglesia, la memoria —entendida como memoria agradecida de lo vivido, de la misión y del servicio— constituye una conciencia viva. No se trata de acumular datos, sino de mantener un llamado constante a la responsabilidad; no es nostalgia, sino raíz fecunda que genera profecía.

Para los cristianos, decía el Papa, la memoria tiene un carácter único: es celebración del Dios que entra en la historia. Nuestra fe se funda en un acontecimiento histórico, y la salvación no es una idea abstracta, sino la persona viva de Jesucristo.

En ese contexto, recordaba que los ordinariatos militares se insertan en esta lógica como memoria encarnada de una historia concreta, tejida por hombres y mujeres que, tanto en los días luminosos de paz como en los dramáticos días de guerra, han contribuido —con sacrificio, valentía y entrega— al crecimiento de la sociedad, muchas veces incluso a costa de sus propias vidas.

Esto constituye, sin duda, un fuerte compromiso para nosotros: acompañar a quienes, en lo cotidiano, renuevan ese ofrecimiento de la propia vida. Su servicio es un verdadero acto de amor al país, a las personas y a los territorios, que se traduce en una cercanía concreta, especialmente allí donde la fragilidad se hace más evidente.

Allí también se sitúa nuestro compromiso como pastores: permanecer cercanos a esos hombres y mujeres que no solo ejercen una profesión, sino que viven una auténtica vocación, asumida como un verdadero servicio de amor.

El Papa Francisco, en el jubileo de los militares, nos recordaba que la misión del capellán consiste precisamente en “estar allí”, junto a sus fieles, viviendo cada día la entrega y el amor, siendo presencia y anuncio de Cristo: imagen suya y testimonio explícito de Él.

Por su parte, el Papa León subraya que la labor del capellán militar suele desarrollarse en silencio, en contextos muy diversos: en tiempos de paz y en situaciones de conflicto; en bases militares, capillas, tiendas de campaña o entornos operacionales. En todos esos ámbitos se manifiesta el cuidado del rebaño mediante el testimonio de vida, la proclamación del Evangelio, la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos, la escucha atenta y el acompañamiento espiritual.

En esta misma línea, destaca también la importancia de los ámbitos educativos —academias, escuelas, institutos de formación—, donde se forjan las conciencias y donde la presencia del capellán adquiere una relevancia particular.